

Perdido. En la traducción imaginaria del ruso al griego, antes de ayer atestiguado. Aquél –el ruso– fue testigo de mis desventuras. La rusa, enorme montaña, quién –en rueda vertiginosa, cabeza abajo– me hacía su ensalada sexual; se abalanzaba blanca –blanquísima– enorme y tetona, rumbo sin. Habíamos tomado de todo; de todos modos, nos quedamos sin. Entonces, sin más, salimos a buscar –con el ruso– un quiosco, una licorería, un alma, que, en esa primaveral mañana blanca, nos diera. Él caminaba adelante, muy adelante, de tal manera que casi se acercaba, cuando, de golpe, no pasó nada. Es decir, “nada” para cualquier observador transeúnte; porque, la mirada (su mirada) se hundía y se hundía hasta un punto tal en que sus dos ojos parecían «ennucarse» y observarme, fijamente, desde adelante para atrás. Ya no había ni delante ni detrás. Todo era cercanía instantánea, pez de ojos laterales, como todos los ojos. Hasta los de la rusa, que desde arriba me aplastan: sus ojos tetas, blancos.